

CULTURA

LA LIBRERÍA

El filósofo sevillano, elegido escritor andaluz del año 2020

Emilio Lledó, el muchacho de Salteras

JUAN CRUZ De Emilio Lledó —que mañana cumple 92 años— escribió José Manuel Caballero Bonald —que a su vez cumple 93 el lunes 11— en *Examen de ingenios* (Seix Barral) que “la inteligencia y la sensibilidad (...) suelen producir efectos altamente edificantes. No es frecuente que ocurra así, pero si alguien es capaz de articular con la debida precisión semejante alianza, ya tiene ganado el ascenso a una excelencia intelectual indisputable. Tal es el caso de aquel muchacho crecido antes de tiempo, a la vez locuaz y ensimismado, tímido y vehemente, a quien conocí a principios de los cincuenta en el Colegio

le debe. Platón es el patrón máximo de su librería, pero si uno llega a su casa lo encontrará buscando, en griego, lo que está en la cuna de su conocimiento. La Grecia antigua, sus escritores y la consecuencia de sus pensamientos, está en esa carrera hacia la “excelencia intelectual indisputable” a la que alude el paisano de Jerez.

El es rabiosamente clásico, pero sigue siendo aquel muchacho que había nacido en Sevilla y pasaba los veranos en Salteras. “Mi infancia”, nos dijo una vez, “es los veranos en Salteras”. Y por eso, porque es sevillano de allí, este sábado estaba feliz de que lo hubiera llamado Eva Pérez Díaz, escritora andaluza,



Emilio Lledó, en su domicilio en Madrid en 2018. / JAIME VILLANUEVA

Mayor Guadalupe y llegó a ser eminente catedrático de Historia de los Sistemas Filosóficos”.

Años después, en 1967, aquel muchacho que así describió Caballero Bonald fue de catedrático a La Laguna y todos los alumnos creían que no solo venía de Heidelberg, donde se hizo quien sigue siendo, sino que era un ciudadano de cualquier parte, un hombre libre que al subirse al estrado de sus clases desafiaba como un quijote la innoble manía de memorizar.

Estuvieron juntos en muchas tenidas madrileñas. Marcan con su impronta poética o filosófica la segunda parte del siglo XX y lo que va de este, y han tenido la fortuna de ser amigos siendo ambos escritores y, además, de una generación pareja. En ese *Examen de ingenios* el jerezano Caballero dice del sevillano Lledó algunas de las piedras que la burocracia, y la mente burocrática, los grumos de los tiempos, pusieron como cáscara de plátano para que tropezara Lledó, antes y después de su fructífera excursión a Heidelberg, donde se hizo hombre.

A él lo hizo lector aquel don Francisco cuyo rastro le ha devuelto la estela de gratitud que

al frente ahora del Centro Andaluz de las Letras, para decirle que, durante todo 2020 será el escritor andaluz del año.

Es la primera vez que un filósofo transita por esos honores, y él estaba justamente feliz, y así se lo dijo a Eva y lo dijo a quien quisiera escuchárselo porque esa llamada y esa honra lo devuelve, sin remedio y con entusiasmo, a aquellas tierras de su infancia, a sus padres, a don Francisco y a los libros, a don Antonio Machado y a Platón (él sigue siendo nuestro don Antonio Machado).

Y a Caballero Bonald, por cierto, que cumple años casi al tiempo y que así acaba su perfil de Lledó en *Examen de ingenios*, a propósito, entre otros, de sus libros *Filosofía y lenguaje*, *El silencio de la escritura* o *Los libros y la libertad*: “La capacidad inquisitiva de Lledó para interpretar el lenguaje poético conecta con esa misma penetración suya en los ámbitos de la filosofía. Se trata, en cualquier caso, de un ejemplo de exégesis que debe figurar en el canon de nuestra historia crítica de la cultura. Ahí mismo se abre una de esas puertas de la razón que conduce a la justicia”.



Carlos Pardo, antes de la entrevista en Madrid. / CLAUDIO ÁLVAREZ

CARLOS PARDO Escritor

“La envidia es uno de los grandes motores literarios”

JORGE MORLA. Madrid

Uno abre *Lejos de Kakania* (Periférica) y se encuentra un aviso, como ante un campo minado: “Esto es una historia de ficción, pero el autor ha modificado algunos nombres por respeto a quien no querría reconocerse en la impudicia de un personaje literario”. Ante algo así cabe preguntarse qué puede escamar en esta tercera novela de Carlos Pardo —tras *Vida de Pablo* y *El viaje a pie de Johann Sebastian*, todas autobiográficas—, pero luego, entre sus páginas, el Pardo personaje confiesa que lo que escribe lo escribe “por venganza (...) Quería demostrar que los poetas, además de tontos de remate, eran malas personas”.

Si las dos anteriores novelas supusieron un sacrificio en lo personal y familiar, esta añade una dimensión social: la del mundo (¿mundillo?) literario que Pardo (Madrid, 44 años) tan bien conoció: jóvenes aspirantes a poetas que a finales de los noventa y principios de este siglo buscaban su voz literaria. Kakania es un término acuñado por Robert Musil para referirse al Imperio austrohúngaro, una apócope de *kaiserlich und königlich* (imperial y real), y en esta novela alude al núcleo de la historia: la Centroeuropa que Pardo —crítico de *Babelia*, el suplemento cultural de EL PAÍS— y su amigo Virgilio —ambos poetas, ambos jóvenes— recorren para sublimar su acercamiento y su vocación. Esa amistad, y sus envidias, centran un libro que va narrando a toda su generación.

Pregunta. ¿Cuál es la intención final de esta obra?

Respuesta. Hay un análisis de la amistad. Y de las sublimaciones: a través de la cultura, a través de todo lo que proyectamos en los amigos, que a veces no está en ellos: los celos, las envidias...

P. Cambia el nombre a varias personas reales...

‘Lejos de Kakania’ prosigue su novelística de tono autobiográfico

“Los años anteriores a Internet fueron de un aburrimento sagrado”

R. La verdad es que no me interesaba hacer una novela chismosa sobre poetas.

P. ¿Y cree que le ha salido una novela chismosa?

R. Las cosas se pueden hacer de muchas maneras. Una de las cosas que he intentado eludir es la novela en clave. Aunque muchos son poetas conocidos, intento escribir para que todos lo entiendan.

P. En lo personal ¿le ha supuesto sacrificios?

R. Siempre. Porque en este tipo de novelas uno no da la mejor imagen de sí mismo. No soy ingenio: los libros de este tipo tienen sus consecuencias. Pero forma parte de la política de la literatura; son consecuencias que me interesan asumir.

P. ¿Está entonces dispuesto a recibir el golpe?

R. Quien se dedica a la literatura tiene que saber encajar. Con los libros autobiográficos anteriores ha habido tensiones, sobre todo familiares. No todo el mundo quiere reconocerse en un ejercicio de sinceridad que nadie te ha pedido. Yo intento hacerlo con tacto, pero con honestidad.

P. ¿Dónde está hoy la “generación inexistente” de la que habla?

R. No sé si existe (risas). Lo cierto es que la poesía, al no tener capital económico, si tiene an-

sia de gloria, de capital simbólico. Ha asumido esa necesidad de perpetuarse generación tras generación. Pero no creo en las generaciones, porque en muchos casos la frustración crea rivalidades entre los que son más amigos. Somos incapaces de soportar el éxito de la gente cercana. Esa envidia de los que son iguales a nosotros es uno de los grandes motores de la literatura.

P. ¿Cómo se lleva con Virgilio?

R. ¡Bien! Pero, ¿cómo me llevaré mañana? La literatura que me interesa es la que deja una herida abierta que pascas por el mundo.

P. El libro es un palo al avisero. Una forma de reactivar las cosas, ¿no?

R. Es una buena imagen. Es una manera un poco retorcida de mantener viva la amistad.

P. Se atreve a hacer un largo capítulo en verso, la parte del viaje a Kakania.

R. Son posibilidades que no deben negarse. Me parece pobre que sigamos escribiendo novelas que funcionan como pequeños mundos domesticados.

P. Si tuviera delante al usted de entonces, el de 2001 o 2002, ¿qué le diría?

R. Si volviera, me diría lo típico: disfruta el momento. Aquellos fueron años previos a Internet: años de un aburrimento sagrado. Había una relación con el tiempo que ya ha desaparecido. Durante los cinco años que he estado escribiendo la novela he estado sin redes, viviendo en un tiempo anacrónico. Y se disfruta de la vida con una profundidad que creo que se ha perdido por la urgencia. Es un libro refractario a la actualidad, a esta especie de la cultura de la polémica.

P. Puede crear polémica...

R. Si. Pero si alguien se pica es porque tiene poco calor. Y tiene dos cosas que hacer: picarse y despicarse.